

Ciclo C: XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario

Paúles Salamanca.

Aparentemente sonaría a una página luctuosa de las que llenan las secciones de sucesos que en demasía nos presentan historias tristes de una humanidad que ha perdido la alegría. Quizás alguno tacharía de catastrofista la descripción que Jesús hacía de ese momento, de tantos momentos. Por este motivo el Evangelio de este domingo nos deja una sensación agri dulce, con un cierto desconcierto. Las diversas respuestas de Jesús, indicaban a sus oyentes que todo estaba inacabado, inseguro. Hasta la belleza del Templo era frágil y su solidez amenazada: "no quedará piedra sobre piedra". Surgirán profetas falsos una vez más, llegarán guerras, catástrofes, espantos. Y a los discípulos les dirá: os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante gobernadores *por causa de mi nombre*. Hasta los más cercanos como padres, hermanos, parientes y amigos, los odian, los traicionarán e incluso los matarán *por causa de su nombre*.

Muchas veces ha surgido la tentación de hacer del Cristianismo una especie de vergel, de tranquilo paraíso donde evadirse de un mundo corrupto y caduco que se empeña en no vivir "como Dios manda". Pero el Cristianismo no ha sido regalado por Dios como una "burbuja de paz". De hecho, los mejores hijos de la Iglesia han tenido que sufrir persecución, incompreensión y martirio de tantos modos, como la prolongación en la historia de aquél *por mi nombre* del que nos habla hoy el Evangelio. Vivir en su Nombre, diciendo su Nombre, siendo su Nombre.

Jesús y el Cristianismo no son un sedante para nuestras molestias sociales, ni un barbitúrico para perpetuar privilegios. No provocan alucinaciones sino compromisos. Los cristianos somos llamados a pertenecer a la historia de Aquel que fue anunciado como "signo de contradicción", y que vino a traer el fuego y la espada, es decir portador de la Luz y portavoz de la Verdad en un mundo que con demasiada frecuencia pacta con la oscuridad y la mentira.

Pero este Evangelio, aunque duro, no es desesperanzador. Nos dice Jesús: "no les tengáis miedo". Ha prometido darnos palabras y sabiduría para hacer frente a cualquier adversario. Lo que importa es que esa Presencia y esa Palabra por Él prometidas, resuenen y se reflejen en la vida de la comunidad cristiana y en la de cada cristiano particular.

El Cristianismo no es una aventura para fugarse del mundo, sino una urgencia para transformarlo según el proyecto de Dios, *en el Nombre del Señor*. Los cristianos no son los del eterno poderío o los de la eterna oposición, sino los eternos discípulos del único Maestro. No somos aguafiestas, ni el Nombre de Jesús arruina la fiesta verdadera. Humildemente poniendo lo mejor de nosotros mismos para que en cada rincón de la historia pueda seguir escuchándose la Buena Noticia de Jesús, haciéndose realidad el don inmerecido de su Reino que la Iglesia en cada época no deja de anunciar. Por su Nombre lo hacemos, y en su Nombre no podemos renunciar a contarlo y proponerlo.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)